

Literaturización del viaje o la forja de una materia*

JUAN M. RIBERA LLOPIS

(UCM)

jumriber@ucm.es

Recibido: marzo de 2014. Aceptado: abril de 2014

Resumen: Recorrido diacrónico por la plasmación del viaje como materia literaria. Rendimiento mítico, religioso, histórico y literario del concepto de viaje, favorable a la consecución genealógica de la Literatura de Viajes.

Palabras clave: Viaje y escritura. Protoliteratura y Literatura de Viajes. Tradición occidental. Letras catalanas.

Abstract: Diachronic itinerary through the shape of the travel as literary topic. Mythical, religious, historical and literary performance of the travel concept, advantageous for genealogical achievement of Travel Literature.

Keywords: Travel and writing. Protoliterature and Travel Literature. Western tradition. Catalan literature.

I. El concepto de *viaje* nos alcanza cotidianamente como metáfora en el lenguaje y en la vida. Así, hablamos del día como viaje del amanecer al anochecer, de la existencia como viaje entre el nacimiento y la muerte, e incluso a propósito de una experiencia dura o sorprendente exclamamos castizamente ¡*vaya viaje!* Hasta ahí llega una comprensión dinámica y esforzada que, léxicamente, en las lenguas románicas nos instala en la VIA o camino como étimo fundamental, en las germánicas añade el RISEN o inicio del movimiento en el espacio y en el inglés —a partir de una voz escocesa derivada del francés— incide en TRAVAILLEN o esfuerzo.

Hasta esos niveles de etimología y usos de la voz *viaje* se proyecta su aureola simbólica, la que implica la búsqueda de la verdad o de un centro espiritual y también una experiencia de perfeccionamiento. No extrañara, así pues, que el *viaje* esté en el germen de las mitologías: el egipcio *Libro de los muertos* ofrece los sortilegios que ayudarán al difunto en su periplo por el inframundo y

* El presente texto se basa en la intervención, de idéntico título, que tuvo lugar en la jornada del máster «Literaturas hispánicas (catalana, gallega y vasca) en el contexto europeo» del pasado 4 de julio de 2013.

narra la navegación en el arca solar al encuentro de Osiris y del juicio que permita vivir en el Campo de los Juncos o Egipto sublimado; Homero articula el itinerario odiseico mediante el viaje de iniciación de Telémaco a la búsqueda del padre hasta Pilos y Esparta y el de mitificación de Ulises, entre el *flash-back* y el retorno desde la salida de Troya; *Ramayana* —sobre la raíz AIANA, marcha o viaje—, cuenta el rapto de Sita por el demonio Ravana hacia la isla Sri Lanka y el viaje de rescate por el esposo Rama, construyendo un largo puente merced a la colaboración de los simios; Odín, dios ambivalente del conocimiento y de la furia, se representa como dios caminante, peregrino oculto que podía presentarse de improviso en cualquier hogar, motivo de que cualquier recién llegado fuera bien acogido ante la duda de tratarse de la divinidad; y si en la mitología mesoamericana se cuenta con el viaje del Sol por el universo como garante de la supervivencia y a cuyo favor debe velar el pueblo elegido, entre las comunidades polinesias se impone la deidad de Maui, retornado de las aguas a donde fue arrojado tras su nacimiento para iniciar su ciclo de aventuras fundacionales, destacando la creación de las islas, extraídas del fondo marino mediante un anzuelo mágico.

En justa correspondencia, tampoco sorprenderá que el *viaje* esté en la base de los sistemas religioso-culturales: el éxodo del pueblo hebreo, salido de la esclavitud de Egipto, viajando durante cuarenta años hasta fenecer la primera generación y entrar en Canaán, expresa la toma de conciencia de la nación judía, al tiempo que contiene como eje la revelación divina del monte Sinaí; el doble viaje de Buda entre la realidad falseada por su padre y la cruda realidad, le permitirá el gradual aprendizaje espiritual gracias a los maestros hallados en los caminos, hasta alcanzar el Árbol de la Sabiduría que le revelará el Nirvana o equilibrio; los sucesivos viajes de Mahoma desde los doce años le permiten crecerse hacia la ejecución de la Hégira o viaje de la Meca a Medina y el definitivo retorno a aquel destino para fundar el lugar sagrado, meta de la peregrinación santa; y si para el cristianismo el éxodo judío permite la lectura de la paráfrasis, la vida pública de Jesucristo en el Nuevo Testamento no es sino un continuo itinerario hasta la definitiva entrada en Jerusalén.

II. Ante ese legado fundacional, la tradición literaria occidental en ciernes no podía dejar de apropiarse de la noción de *viaje* como motivo literario y de ordenar en torno toda una materia literaria. Bajo el cielo regido por dioses y no exentos de sus creencias, viajes hay en el teatro griego y en la épica virgiliana, e implícitos quedan otros tantos periplos en el ruego de protección ante el desplazamiento por parte de Safo y de Horacio; así mismo viajes hay en los *cantares de gesta* románicos, en los *liet* germánicos y en las *sagas* nórdicas, tantos como desde los *roman* artúricos a la búsqueda del Graal y hasta la novela de caballerías en la narrativa, y también al alcance de la comunión divina en la mística hispana de Ramon Llull, San Juan de la Cruz o Santa Teresa. Cada una de esas materias puede acogerse rentablemente a la ordenación viajera. Es esta toda una opción literaria *con* viajes que alcanza también desde la novela inglesa setecentista hasta Jules Verne y *Star Trek*, pero que no lo es *del* viaje. Aunque, con todo, pronto cupo el aprovechamiento aprendido en ese cúmulo de patrones modulares a favor del viaje real, empírico, experimentado por el propio viajero. Será éste un paso que no ha de deshacerse ni necesaria ni inmediatamente de la

impronta del viaje heroico, ni nunca jamás del viaje como arma de conocimiento. Aún más, se irán superponiendo capas o niveles como son la del viaje de descubrimiento y la del viaje de conquista; toda una serie de estratos sobre la que crecerá lo que acabaremos por conocer como Literatura de Viajes propiamente dicha. Pero para llegar a ella, con la vanidad que caracteriza a la cultura occidental, aún necesitaremos pasar, al menos nosotros, por dos cuestiones previas: cómo crece e irradia el espacio viajero o la geografía del viaje desde occidente y cómo se arma y se supera el *corpus* que hoy reconocemos como protoliterario para la materia que aquí nos convoca.

III. Respecto de lo primero y entre el siglo V. a. C. y el siglo II d. C., apreciemos a Heródoto, desde la Magna Grecia o eje de nuestro mundo, como adalid de quien *investiga* y busca fuentes orales y escritas de viajeros empíricos —comerciantes, militares— para establecer la *ecúmene* del territorio conocido entre Sudán-Europa central-India-Iberia; a Estrabón, viajero él mismo para marcar los límites de su *Geographica* de Armenia a Cerdeña y del Mar Negro al Nilo, fijándose en aspectos humanos de países y de gentes; y a Claudio Ptolomeo, con su aportación cartográfica y sus incipientes descripciones, así de la Meca. Se trata de una creciente espacialización de horizontes en torno al individuo, a favor de la cual va a ser muy favorable la cartografía medieval —pensemos peninsularmente en el Mapamundi del Burgo de Ósma (cop. h. 1203) y en el mallorquín Atlas de Cresques (1375)—, incorporadora de unas ilustraciones miniadas que actúan como enciclopedia visual de las tierras delimitadas, tan descriptiva como el mejor de los incipientes textos coetáneos e inauguradora del tradicional soporte visual de la Literatura de Viajes. Esa es nuestra geografía fundacional que pronto veremos crecer hacia oriente, gradualmente hacia occidente y sólo más tarde meridional y septentrionalmente.

Respecto de lo segundo, el llamado capítulo protoliterario de la posterior Literatura de Viajes, contemos con los libros de viajes que nos representan los títulos posteriores con el valor de transitar no sólo por geografía real sino, además, de la mano del viajero transmisor que comienza a aunar a sujeto y objeto escripturales. Son los conocidos casos de la monja Egeria (s. IV) camino de Tierra Santa y aprovechando el *cursus publicus* o red de vías romanas; el paradigmático de Marco Polo (s. XIII) hasta China y, radialmente y desde allí, a Japón, India o septentrión chino-mongol; el del embajador castellano Ruy González de Clavijo (ss. XIV-XV) hasta la mítica Samarcanda (Uzbekistán); el del andaluz Pero Tafur (s. XV), desde Venecia como base y, en diferentes etapas, hacia Tierra Santa, Turquía y Egipto, hacia Grecia y sus islas, más tarde hacia el corazón del continente europeo. De ese conjunto, nos interesa literariamente la descripción por el ojo que mira —Egeria y sus atisbos paisajísticos o sus detalles de las celebraciones litúrgicas— y la valoración de según qué modos de proceder o la sorpresa ante lo inusitado —Marco Polo y sus juicios de contraste entre las mentalidades occidental y oriental o sus apreciaciones etnográficas—; así mismo, el ensamblaje de la apreciación viajera en la retórica total del texto —González de Clavijo y sus descripciones de personajes y hábitos orientales al hilo de su empeño diplomático— y los atisbos acerca del carácter del viajero —Pero Tafur y aquello que algunos críticos aprecian como signos de agudeza andaluza—. Y entre tal documentación, salta el interés por viajes verosímiles

para el receptor medieval, aquellos que no dejan de mostrar criaturas y efectos fantásticos en geografías verificables, territorio literario donde descuellan Odo-rico de Pordenone (ss. XIII-XIV) y el ficticio John de Mandeville (s. XIV) mediante documentos que figuran entre los más copiados y traducidos durante el medievo y cuya información se proyecta sobre la relación renacentista de viajes. Este es el caso de la teoría de la circunnavegación recogida por el segundo que alcanzara a Cristóbal Colón. Pero más allá del dato objetivo de ese tipo, interesa el discurso descriptivo-narrativo que a partir de ahí crece con los diarios, relaciones y crónicas de descubridores, conquistadores y relatores de empresas renacentistas por parte de españoles y de portugueses, de Colón a Hernán Cortés, pasando por Antonio Pigafetta y su *Diario del viaje alrededor del mundo* (1519), a propósito del periplo de Fernando de Magalhães, y donde este último autor nos sitúa ante problemas de la navegación desesperada entre las islas y los nativos del Pacífico; y también nos atrae la palabra de aquellos que nos acercan a las poblaciones amerindias como Bernal Díaz del Castillo y, en particular, del cronista ya de origen americano, aunque crecido en el sistema literario colonizador pero de sensibilidad más cercana a la cultura y costumbres de los suyos, tal y como es el caso del Inca Garcilaso de la Vega (Gómez Suárez de Figueroa) en sus *Comentarios Reales de los Incas* (1609). Nos sigue interesando, por tanto, la conjunción entre viajero y viaje o, en todo caso, entre viajero y geografía escrita y descrita y aproximada al lector.

En esta dirección y con el ilustrado setecientos, la relación de descubrimiento y conquista va dejando paso al documento acerca de expediciones científicas que se centran en aspectos geográficos, étnicos, zoológicos o botánicos. La acción de *dominar* es sustituida por la de *conocer*, y esto implica ser testigos, experimentar en carne propia y dejar constancia. El naturalista sustituye al conquistador, aunque a su vez el nuevo intermediario asiente las bases de la apropiación imperialista por intereses económicos. En todo caso, de Alexander von Humboldt con sus libros-atlas por España, Rusia, América del Norte e Hispanoamérica a Charles Darwin y su *Viaje del Beagle* (1839) que introduce el modelo del relatorio de la expedición científica en el ochocientos, se da un modo de escritura donde crece la presencia del detalle de la tierra estudiada y la implicación del viajero en su alcance y, así, de un conjunto grado de descripción y de experiencia que nos abisma sobre la inmediata literatura del yo. Aquella que, en el caso de la Literatura de Viajes y de modo definitivo, ha de atrapar en una única categoría a viaje y viajero.

IV. En el concluyente punto de inflexión al que nos acercamos, el *grand tour* o viaje educativo —modelo de viaje propulsado preferentemente a partir de 1770 para los hijos de ricas familias inglesas, patrón pronto asumido en otros países continentales o por sectores americanos culturalmente europeizados— propicia el desplazamiento sobre todo a Italia y Grecia, como modo de ilustrar a futuros dirigentes y funcionarios del nuevo imperialismo, y anima parejamente una dinámica viajera novedosa que nos instala, aunque minorizadamente, ante una infraestructura de perfiles preturísticos. Tal viaje debía atraer la atención sobre restos arqueológicos de pasados gloriosos de antiguas potencias, formas de gobierno modélicas, creencias y prácticas sociales, cuestiones geográficas o sobre potencial económico. Se trata de una variante del viaje diecio-

chesco en que el interés científico y económico va dando paso al viaje artístico, histórico-arqueológico y literario-sociológico; nuevo horizonte viajero donde el cientifismo ilustrado se sustituye por un disfrute personalizado que anuncia el ocio de opciones posteriores, importando la impresión surgida en la aventura de un suceso acaecido en un viaje particular que se recoge en el diario de viaje. Su paradigma será el *Viaje a Italia* (1816) de Johann Wolfgang Goethe donde, desde el acceso a la península de los Apeninos hasta el recorrido napolitano, se nos transmiten mirada y sensaciones, aprendizaje y deleite de un yo viajero que también nos informa sobre excursiones fundamentales, museos de visita obligatoria, conveniencia o no del guía, creciente manufactura de recuerdos, etc., referencia a toda una complementaria industria turística en ciernes. Atiéndase también a como el viajero halla todo un material de apoyo como en el caso de Goethe serán los lienzos de la serie *Vistas del reino de Nápoles* de Philipp Hackert. Se trata en conjunto de un paso altamente cualitativo a nuestro favor, a favor de la Literatura de Viajes, que se corresponde, por otra vía, con el respectivo *Viaje a Italia* (1803-1804) de François-Réné de Chateaubriand, conjunto de cartas que toman el perfil de páginas del diario que se corresponde con el cumplimiento de la misión diplomática del autor, pero quien va imponiendo en el texto el sello del yo que mira una perspectiva o vive un suceso, a propósito de los cuales interesa transmitir su impresión.

V. Vadeando la cuestión crítica para nosotros difícil de comprender de porqué con esos planteamientos y mediante sus incuestionables escrituras Goethe *aún* es un ilustrado y Chateaubriand *ya* es un romántico en esos volúmenes de coincidente título y contenedores de periplos paralelos, en sus formulaciones está el modelo favorable a una definitiva Literatura de Viajes. Ahí se establece el patrón viable durante un largo siglo que apreciamos como clásico en su cultivo y que alcanza el período de entreguerras del novecientos. Una forma que, filtrada por la sensibilidad de cada uno de los ciclos internos de esa extensa centuria, se acoge a estos puntos comunes: evidente conciencia artística de la escritura ejecutada; aplicación a una visión personal que se traduce en una verdad artística; afán descriptivo con voluntad pictórica; curiosidad por la alteridad visitada con finalidad especular; costumbrismo caricaturesco a partir de anécdotas impresionistamente relatadas; gusto por la reelaboración arqueológica; potenciación de láminas, grabados, litografías y con el tiempo fotografías como soporte visual favorable a la reconstrucción de viajes descriptivos. El conjunto retórico compuesto mediante esos elementos permite traslucir a través del texto un yo viajero que, por ejemplo en *De París a Jerusalén* (1804, ed. 1841) del mismo Chateaubriand, nos acerca desde el peregrino, el historiador curioso, el paisajista y el poeta hasta la evidencia del viaje interior, allí donde la experiencia del viaje ya es determinante para el devenir del viajero.

VI. Este es el umbral definitivo sobre el cual crece un *corpus* donde tiene cabida una variedad de formas cuya efectividad, evidentemente, depende de la calidad de sus ejecutores: Gustave Flaubert, pasando en sus *Cartas del viaje a Oriente* (1849-1851) y según el destinatario de las misivas, de la descripción monumental más objetiva de las pirámides a la relación de la experiencia sensual más íntima de los baños y los prostíbulos cairotas; Mark Twain, cuestionando en *Guía para viajeros inocentes* (1869) el propio placer del viaje y el

valor de casi todos los lugares de destino; R. L. Stevenson, relatando *En los mares del sur* (1890) las tradiciones aborígenes con tintes expresionistas y componiendo la poética de la inmensidad vacía del Pacífico... La más variada gama de armas para codificar destinos que se harán referenciales para nuestro imaginario como Roma, El Cairo o Estambul; también una Península Ibérica que se ofrecía como un exótico umbral de oriente a las puertas del continente: los viajes y relatos españoles desde los años treinta por parte de Washington Irving, Prosper Merimée y George Borrow animan una iconografía hecha de medievales recintos amurallados y palacios árabes, de manolas y de bandoleros, de gitanas, curas y quijotes, de sol y de matutinos vuelos de campanas que crecerá con las cualificadas páginas de Hugo, Latour, Gautier, Delacroix, Dumas o Ford; todos ellos transitando y escribiendo por unas tierras adonde así mismo llegaba el aliento del continente merced a firmas de viajeros hispanos, desde ilustrados como Leandro Fernández de Moratín, a las páginas nómadas de Ramón Mesonero Romanos, Emilia Pardo Bazán o Ángel Ganivet que proyectaban pautas regeneracionistas favorables a la autocrítica y la renovación hispanas.

En todo caso, un planeta múltiple y experimentadamente descrito que va completando su verdadera dimensión: si hacia oriente los viajeros románticos habían atravesado las puertas abiertas desde el medievo, hacia occidente firmas ya citadas como Chateaubriand o Stevenson nos conducirán por el medio oeste norteamericano hasta California; si meridionalmente hacia África nos llevará como cronista Henry Morton Stanley, las rutas septentrionales hacia el Polo tendrán que aguardar hasta relaciones posteriores, ya en el cambio de siglos, por parte de Robert Edwin Pery. Se trata de un continuo redimensionar la geografía física y humana como espacio favorable a la experimentación con y desde el otro que, en el horizonte de la cronología revisada, irá encontrando grandes plasmaciones literarias como son *El corazón de las tinieblas* (d. 1899, vol. 1902) de Joseph Conrad, acerca de su experiencia en el Congo devastado por el colonialismo belga, y *Viaje al Congo* (1927) o *Regreso de la URSS* (1936) de André Gide.

VII. Genealógicamente, esa Literatura de Viajes así constituida ha progresado desde formas primigenias —sería el caso de la guía que ya encontrábamos en la documentación protoliteraria, desde la atribuida a Egeria hasta el *Códice Calixtino* (s. XII)— que han evolucionado hasta sistematizadas fórmulas como el modelo establecido por las guías Baedeker (d. 1828) y Michelin (d. 1900) o las actuales guías temáticas; también se ha acogido a formas diversas ya mencionadas como el diario y el epistolario revisados y ordenados *a posteriori*, para convertirse en volúmenes; así mismo, mediante la serie de crónicas escritas para una publicación periódica, después recompuesta en un texto conjunto; o en textos continuados donde se añan diversos registros como el narrativo, también el autobiográfico y el descriptivo; por esa doble vía, también el lírico y, ciertamente, el costumbrista que llena de individuos-otros el espacio visitado y literaturizado.

Cabrá apreciar, en este sentido, que la Literatura de Viajes se muestra como una escritura de naturaleza mixta. Tanto por la capacidad de derivación subgenealógica como por su combinatoria libertad con los modos de escritura, es un género periférico que se nutre intergenealógicamente. Así, en un tiempo presente en que los géneros literarios más sistemáticamente constituidos muestran

clara tendencia hacia la hibridez formal, habrá que apreciar este modo literario como precursor en tal dirección y hasta como continuo experimentador con unas formas propias, mixtas de por sí y de acuerdo con lo dicho. Ante esto, cabe preguntarse qué queda de las fundacionales guías en un título como *Venecia es un pez. Una guía* (2000) de Tiziano Scarpa para que su autor siga calificando su libro como guía; o qué hay de la isla conejera en *Lanzarote* (2000) de Michel Houellebecq y de la estancia del autor allí para que unos califiquen el libro de novela y otros, bajo la etiqueta *otros géneros*, lo promocionen como libro de viajes. Como respuestas, sólo nos cabe proponerles la doble lectura por su parte.

VIII. Ya para acabar y dado el marco de nuestra convocatoria, quisiéramos documentar el proceso y la trayectoria hasta aquí sintetizados a partir de una de nuestras literaturas. Desde su origen las letras catalanas, inmersas en la hermandad románica y europea, hacen suyo el viaje como motivo literario y sus primigenias formas de literaturización. Ramon Llull no sólo ordena su *Blanquerna* (1283-1286) como un viaje bio-geográfico sino que, en su devenir, informa sobre destinos y medios viajeros coetáneos; en el trescientos, Ramon Muntaner vive y deja escritos no pocos periplos mediterráneos en su obra de corte cronístico; en los lindes de esa misma centuria, Ramon de Perellós lleva a cabo y narra su periplo irlandés, enlazando, como noble y peregrino, experiencias cortesanas y espirituales que alcanzan a un retorno en clave de *turismo artúrico*; y textos canónicos como la carta del Preste Juan y el libro de Marco Polo merecieron interés y traducción por parte del medievo catalán durante el siglo XIV, cuando la Corona de Aragón se expande como potencia marítima y reúne un *diplomatarí* que es fuente primigenia de la cultura del viaje entre los siglos XIII y XV. Después y contando con documentos no faltos de interés como las *relacions* de peregrinaciones a Tierra Santa de Miquel Matas de 1604 y de Joan López de 1781 o los *quaderns* del dietario con desplazamientos catalanes incluidos de Rafael d' Amat i de Cortada, Baró de Maldà, fechados entre 1769 y 1819, materiales no publicados hasta muy tardíamente, durante la edad moderna y contemporánea, por imperativos histórico-políticos, en castellano y por parte de autores catalanes se escribieron desde guías de peregrinaciones como la de 1645 de Antonio de Castillo hasta detenidas relaciones de viajes como las de Doménech Badia Leblic – Alí Bey el Abassi por el norte africano y hasta la Meca, así como páginas traducidas u originales incluidas en publicaciones como *Album Pintoresco Universal* (1842-1843) o en *La Ilustración Ibérica* (1883-1898), de donde saldrían compendios como *Viajes por Europa* (1896) y *España y Portugal. Su historia, su geografía, sus artes y sus costumbres* (1896 y 1927) de Alfred Opisso. Se trata de un conjunto de lecturas que incidirán en el desarrollo de una literatura viajera definitivamente en catalán, a favor de la cual, con el pulso *renaixencista* y sin ánimo aquí de ser exhaustivos, cabe ir ordenando títulos con incidencia histórico-literaria. Desde los diarios de excursiones y viajes africanos y europeos de Jacint Verdaguer, paralelos a su *Dietari d'un pelegrí a Terra Santa* (1889), a las crónicas europeas y turcas de Josep Pin i Soler; de las páginas argentinas de Santiago Rusiñol a las argelinas de Gabriel Alomar y a las romanas y palestinas de Maria Antònia Salvà. Sobre ese inmediato legado se asienta un *corpus* que nos ha interesado en particular. Se trata de los libros salidos de viajes ejecutados durante las décadas de entreguerras. Don-

de más comúnmente se destacan los volúmenes en que Josep Pla reunió las crónicas de viajes europeos facilitados desde su corresponsalía parisina y aún sus dietarios madrileños, cabe ordenar una amplia secuencia con distinto horizonte. Ahí se alinean no pocos textos que siguen el cruce en torno a las orillas mediterráneas (Vicenç Coma i Soley, 1926 y 1930; Lluís Nicolau d'Olwer, 1928; F. Grau i Ros, 1934; Guillem Díaz Plaja, 1935), otros que abordan más concretamente orillas norteafricanas (Josep Maria Pons i Vila, 1935; E. Solà i Roqueta, 1936; Aurora Bertrana, 1936) y los que se internan en el Sahara (Ricard Carreras i Valls, 1926; Nicolau M. Rubió i Tidurí, 1932). A destino muy distinto, las islas del Pacífico, se dirigió en 1926 Aurora Bertrana, tal y como relató en sus crónicas para *D'Ací i d'Allà* y en el concluyente *Paradisos oceànics* (1930), y allí llegó Josep M. de Sagarra en 1938, viaje narrado en *La ruta blava*, volumen primero aparecido en castellano en 1942 y finalmente en su versión original catalana en 1964; se trata, en este doble caso, de un periplo semejante, realizado por diversas motivaciones y narrado con retóricas muy distintas, posiblemente marcadas por el género de quien viaja y escribe sobre el viaje.

Hay en ese conjunto una polifonía de voces que transmiten diversas experiencias. También la conciencia genealógica de haber conectado con un modo literario a favor del cual se cuenta con modelos —Stevenson proyectándose con ímpetu desde el siglo anterior, Pierre Loti y el Pacífico, Rudyard Kipling y Japón, Maurice Barrés y Venecia, Margaret Mead y Oceanía...— que funcionan para unos autores que han optado por la práctica de una determinada literatura. Y a partir de ahí, en las letras catalanas se reitera el proceso al que aludíamos con anterioridad. Y donde cabe leer libros que nos remiten a formas institucionalizadas de la Literatura de Viajes —mencionaremos con sumo gusto a Agustí Calvet, 'Gaziel', con una obra que razonadamente viene de preguerra hasta alcanzar títulos como *La península inacabada* (1961) que, por añadidura, tiene el valor de auto-viajar interpretativamente sobre nosotros mismos—, podríamos preguntarnos ante otros —*Un bellíssim cadàver barroc* (1987) de Josep Piera, disección napolitana y personal, o *Viatge d'hivern a Madeira* (2004) de Jaume Benavente, conjunción de espacio e individuo— sobre los componentes y hasta las intenciones mixtas de esa misma literatura en nuestro tiempo.

BREVE GUÍA BIBLIOGRÁFICA SOBRE LOS ASUNTOS ENUNCIADOS

Género

Abad, F. (1982) *Los géneros literarios y otros estudios de Filología*, Madrid, UNED, pp. 91-117.

Berty, V. (2001) *Littérature et voyage*, Paris, Harmattan.

Maestre, A. (2001) «Llibres de viatges i gèneres autobiogràfics», *Literatura autobiogràfica. Història, memòria i construcció del subjecte*, a cura d'E. Balaguer, J. Borja, J. Espinós i M. À. Francés, València – Alacant, Editorial Denes, pp. 315- 330 [tb. escritores catalanes].

Maestre, A. (2002) «La literatura de viatges i el periodisme», *Memòria i literatura. La construcció del subjecte femení. Periodisme i autobiografia*, a cura de J. Espinós, A. Esteve, M. À. Francés, A. Maestre i J. Martínez, Alacant-València, Editorial Denes, pp. 339-340 [tb. escritores catalanes].

Todorov, Tz. (1991: «Les voyages et son récit», *Les morales de l'histoire*, Paris, Grasset, pp. 95-108.

Edad Media

López Estrada, F. (1997) *Viajes y viajeros en la España medieval*, Madrid, Polifemo.

Oursel, R. (1963) *Les pèlerins du Moyen Âge: les hommes, les chemins, les sanctuaires*, Paris, Fayard.

Pérez Priego, M. A. (1984) «Estudio literario de los libros de viajes medievales», *Epos*, I, pp. 217-239.

Popeanga, E. (coord.) (1986) *Los libros de viajes en el mundo románico*; Anejo I de *Revista de Filología Románica*, UCM – Servicio de Publicaciones.

Popeanga, E. (2005) *Viajeros medievales y sus relatos*, Bucarești, Cartea Universitară.

Richard, J. (1976) *Orient et Occident au Moyen-Âge: contacts et relations (XII-XVème s.)*, London, Variorum.

— (1981) *Les récits de voyages et des pèlerinages*, Turnhout - Belgium, Brepols.

Crónicas renacentistas

Solodkow, D. M. A. (2014) *Etnógrafos coloniales. Alteridad y escritura en la Conquista de América (s. XVI)*, Madrid/Frankfurt, Iberoamericana/Ververt.

Todorov, Tz. (1987) *La Conquista de América: la cuestión del otro*, México, Siglo XXI.

Siglo XVIII-Grand Tour:

Brilli, A. (2010) *El viaje a Italia: Historia de una gran tradición cultural*, Madrid, Antonio Machado Libros.

De Seta, C. (1996) *L'Italia del Grand Tour: da Montaigne a Goethe*, Napoli, Electa Napoli.

Gómez De La Serna, G. (1974) *Los viajeros de la Ilustración*, Madrid, Alianza Editorial.

Guerrero, A. C. (1990) *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar.

Redford, B. (1996) *Venice & the Grand Tour*, New Haven – London, Yale University Press.

Siglos XIX-XXI.

Champeau, G. (2005) *Relatos de viajes contemporáneos por España y Portugal*, Madrid, Verbum.

Gogez, G. (2004) *Les écrivains au XXe. siècle*, Paris, Seuil.

Lafarga, F. (2012) *Miradas de mujer: viajeras francesas por la España del siglo XIX*, Madrid, Castalia.

Lucena Giraldo, M. + Pimentel, J. (eds.) (2006) *Diez estudios sobre literatura de viajes*, Madrid, CSIC.

Mitchell, D. (1989) *Viajeros por España: de Borrow a Hemingway*, Madrid, Mondadori.

Popeanga, E. + Fraticelli, B. (eds.) (2006) *La aventura de viajar y sus escrituras*, Anejo VI de *Revista de Filología Románica*, UCM – Servicio de Publicaciones [tb. Edades Medieval y Moderna, y escritores catalanes].

Riera, C. (2013) *Sobre un lugar parecido a la felicidad*, Discurso leído en su recepción pública y contestación de P. Gimferrer, Madrid, RAE [tab. escritores catalanes].

Literatura Catalana

Ganau, J. (1996) *Viatges per ponent*, Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida.

García Ramón, M. D. + Luna, A. + Riudor, Ll. + Zusman, P. (2005) «*Roda el món i torna al Born: geografies imaginàries dels viatgers catalans al Caire (1889-1934)*», *Treballs de la Societat Catalana de Geografia*, 60, pp. 71-85.

Garolera, N. (1986) «Estudi introductorio» a *Viatges* de Jacint Verdaguer, Barcelona, Edicions 62, pp. 5-28 [16-28].

Garolera, N. (1991-1992) «Estudi i edició» de *Excursions i viatges* de Jacint Verdaguer, Barcelona, Barcino (3 vols.).

Garolera, N. (1998) *L'escriptura itinerant. Verdaguer, Pla i la literatura de viatges*, Lleida, Pagès editors.

Madrenas Tinoco, M. D. + Ribera Llopis, J. M. (2005) «Itineraris i/o dietaris: models medievals, projecció i/o variants en la prosa viatgera catalana del Sis-cents al Vuit-cents», *Actes X Congrés AHLM (Alacant 2003)*, Alacant, IIFV – Universitat d'Alacant, pp. 1023-1030.

- Madrenas Tinoco, M. D. +. Ribera Llopis, J. M. (2006) «El discurs narratiu de la literatura de viatges del Sis-cents i del Set-cents: a propòsit de les *relacions* de Miquel Matas i Joan López», *Actes del Tretzè Col·loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes*, a cura de S. Martí (coord.), Barcelona, AILLC – PAM, vol. I., pp. 203-210.
- Maestre Brotons, A. (2001) «La narrativa de viatges de Josep Piera: la identitat mediterrània», *Estudis de Llengua i Literatura Catalanes. Miscel·lània Giuseppe Tavani*, Barcelona, PAM, vol. 2, pp. 249-286.
- Maestre Brotons, A. (2003) «La visió de l'exòtic en *La ruta blava* de Josep M. de Sagarra», *Actes del Dotzè Col·loqui Internacional de Llengua i Literatura Catalanes*, Barcelona, PAM, vol. 1, pp. 131-147.
- Marcillas Piquer, I. (2012) «Literatura de viajes en clave femenina: los pretextos de Aurora Bertrana y otras viajeras europeas», *Revista de Filología Románica*, UCM – Servicio de Publicaciones, vol. 29, núm 2, pp. 215-231.
- Martín Corrales, E. (2006) «Un siglo de viajes y viajeros catalanes por tierras del norte de África y Próximo Oriente (1833-1939): peregrinos, nostálgicos y colonialistas», *Illes i Imperis*, 8, pp. 83-111.
- Ribera Llopis, J. M. (2001) «Memòria del viatge i viatges de la memòria: a propòsit d'André Gide, Josep M. de Sagarra i Aurora Bertrana», *Literatura autobiogràfica: Història, memòria i construcció del subjecte*, a cura d'E. Balaguer, J. Borja, J. Espinós i M. À. Francés, València – Alacant, Editorial Denes, pp. 303-313.
- Ribera Llopis, J. M. (2003) «Aurora Bertrana, *Paradisos oceànics*: fascinació i mitificació», *Lectures de literatura catalana a Madrid. Quinze lliçons del seminari al Centre Cultural Blanquerna (1997-2002)*, F. Llorca Antolín (coord.), Barcelona, Generalitat de Catalunya – Delegació de la Generalitat de Catalunya. Madrid, pp. 105-115.
- Ribera Llopis, J. M. (2009) «Retorn a les illes: narrativa catalana d'aquest darrer tombant de segle», *Estudis de Llengua i Literatura Catalanes. Miscel·lània Joaquim Molas*, Barcelona, PAM, vol. 3, pp. 215-232 [v. 227-232, sobre Jaume Benavente y *Viatge d'hivern a Madeira*].
- Ribera Llopis, J. M. (2011) «Díptico viajero: Josep Pin i Soler en Bucarest i en Constantinopla», *Revista de Llenguas y Literaturas Catalana, Gallega y Vasca*, Madrid, UNED, vol. XVI, pp. 57-77.
- Ribera Llopis, J. M. (2011) «Aurora Bertrana en las aguas del Pacífico: crónicas, libro de viajes, narraciones y memorias», *Ecos de la memoria*, M. Almela, M. García Lorenzo, H. Guzmán, M. Sanfilippo (coords.), Madrid, UNED, pp. 289-302.
- Ribera Llopis, J. M. (2011) «Miradas catalanas sobre Constantinopla. Estambul en los lindes del novecientos», *Ciudades mito. Modelos urbanos culturales en la literatura de viajes y en la ficción*, E. Popeanga (coord.), E. Garrido y J. Rivero (eds.), Bern, Peter Lang, pp. 107-132.

- Ribera Llopis, J. M. (2012) «¿Un rentable *perfecte film burgès*?: *Gaziel et alii* en Lisboa», *Lisboa. Finis Tèrrae entre dos horitzontes*, M.^a V. Navas Sánchez-Élez (coord.), J. M. Ribera Llopis (ed.), Santiago de Compostela, Andavira Editora, pp. 195-215.
- Segura Soriano, I. (1997) *Viatgers catalans al Carib: Cuba*, Barcelona, PAM.
- Vallverdú i Borràs, M. (2007) *Viatges literaris a la Polinèsia: Aurora Bertrana, Josep M. de Sagarra*, Barcelona, PAM.
- Vallverdú, M. (2007) «Per una prehistòria de *La ruta blava*. Poètica del viatge en Josep M. de Sagarra», *Els Marges*, 82, pp. 31-46.